

reprender ahora lo que en aquel caso se hizo. El consejero y el sicofanta, en nada semejantes, se diferencian principalmente en que el uno patentiza su opinión antes de que sucedan las cosas, y luego se abandona á la discrecion de las personas á quienes ha persuadido con sus palabras, de la fortuna, de las ocasiones, y á todo el que quiere exigirle la responsabilidad; mientras que el sicofanta, callando cuando hablar debiera, acrimina, impulsado de la envidia, si sucede algun desastre. Aquel, pues, como he dicho, era el tiempo oportuno de que se presentase en la tribuna el hombre que miraba por el bien de la República y de que se pronunciasen discursos justos; yo, empero, si hay quien pueda manifestar ahora un proyecto mejor que el por mí propuesto, ó en suma si habia otro plan de gobierno fuera del que preferí, confieso que obré mal entónces; mas si no le hay, ni le hubo entónces, ni nadie puede decirlo de ningún modo, ni aun en el día, ¿qué conducta debía seguir el consejo? ¿No debería elegir el mejor de los proyectos que se presentaban y que existían? Esto, pues, hice yo entónces, cuando el heraldo preguntaba: ¿Quién quiere arengar? y no ¿quién quiere acusar por hechos pasados? ni ¿quién quiere salir fador de los sucesos futuros? Mas tú, Esquines, estabas mudo en aquella ocasion, ocupando un asiento en la asamblea, y yo subiendo á la tribuna, hablé. Y ya que no entónces, muéstranos ahora, dí ¿qué medio convenia haberse empleado, ó qué ocasion ventajosa para la República perdí yo? ¿qué alianza, qué sistema de gobierno habia mas útil á los que están presentes para que yo los persuadiera á abrazarlo?

» Todos, en verdad, desprecian siempre el tiempo pasado y nadie lo pone jamas á discusion; pero el estado actual de los negocios reclama que el consejero se presente en su puesto. En aquella época iban á suceder males terribles, creía, y existían ya otros de igual clase: en estas circunstancias examina tú, Esquines, el sistema de gobierno que elegí, y no ataques con calumnias los sucesos que ocurrieron; porque el éxito de las cosas es cual Dios quiere que sea; pero el plan que se sigue manifiesta el pensamiento del que aconseja. No me imputes á delito, te lo pido, que Filipo saliese vencedor en la batalla; porque el resultado del combate está en la mano de Dios, no en la mía: si no empleé yo todos los medios que caben en la razon humana, si no obré con justicia, con todo cuidado, y con un trabajo superior á mis fuerzas, si emprendí lo que no era honesto ni digno de la República á la par que necesario; si nada de esto hice, muéstralo y en seguida acúsame.»

Y prosigue mostrando los beneficios que resultaron á los Tebanos y Atenenses de armarse, aunque no hubieran podido salvar á Atenas.

« Mas aun sin eso, reflexiona y considera, si combatiendo unidos con nosotros los Tebanos, el hado dispuso el resultado que tuvo la accion, ¿qué debía esperarse si no los hubiésemos te-

nido por aliados y hubiesen estado asociados á Felipo, que era lo que este decia á boca llena? Si tanto peligro corrió entónces la ciudad, si tanto miedo hubo en ella habiéndose dado la batalla á tres jornadas de distancia de la misma, si este desastre se hubiese verificado en cualquier punto de este país, ¿qué debería esperarse? Conoces tú muy bien que en el primer caso, un solo día, dos, tres nos fué dado el estar en pié, el reunirnos, el respirar y otras muchas cosas necesarias para nuestra conservacion; pero en el segundo caso, debía esperarse... ¡Indigno es decir lo que no se llegó á experimentar por la benevolencia de algun dios, ó porque la República opuso á ello esta alianza que tú ahora acriminas! »

« Los Atenenses no buscaban en aquellos tiempos un general ni un orador que los condujese á la esclavitud pasando buena vida, pues ni aun la vida querian si no les era permitido disfrutarla con libertad; porque cada uno de ellos juzgaba que habia nacido no solamente para utilidad de su padre y de su madre, sino tambien para la de la patria. »

Observando despues las causas bajo otro punto de vista, hace ver cómo con aquella prontitud adquirió la confianza de los Tebanos; qué actividad opuso á las ocultas tramas ó á la abierta violencia de Filipo, y se presenta modesto atribuyendo todo su mérito al pueblo. « El que juzga haber nacido solo para su padre, aguarda la muerte que le tiene señalada el destino ó la naturaleza; pero el que juzga haber nacido para la patria, quiere mas bien morir que verla reducida á servidumbre; y tendrá por mas terribles que la muerte las injurias y los ultrajes que sufra por necesidad la República si llegare á ser esclava. Si yo, pues, tratase de deciros que os dirigí para que tuviésteis pensamientos dignos de vuestros progenitores, no habria nadie que con razon pudiera culparme; mas ahora digo con toda claridad, que esto mismo fué lo que os propusisteis hacer, y os demuestro que este fué el pensamiento de la República antes de que yo naciese; y aseguro, que yo intervine en la ejecucion de cuantas cosas se hicieron; pero este hombre que acusa todos los actos y os exhorta á que seáis rígidos conmigo como causante de los temores que tuvo la ciudad y de los peligros que corrió, apetece con ansia privarme ahora del honor que se me concede, y os roba para siempre los elogios que se os deben. Porque si condenárais á Ctesifonte por no haber yo gobernado bien, parecería que errásteis y no que sufristeis lo que sucedió por sinrazon de la fortuna. Mas es imposible, sí, es imposible que cometiésteis un error, Atenenses, exponiéndoos á los peligros en defensa de la libertad y de la salvacion de todos los Griegos: no cometisteis ningún error, lo juro por los manes de nuestros progenitores que se expusieron los primeros á los peligros en Maraton, que vinieron á las manos con los enemigos en Platea, y pelearon en el mar de

Salamina, y combatieron en Artemisio; lo juro por los manes de otros ilustres varones sepultados en los sepulcros públicos, á todos los cuales la República considerándolos dignos de tal honra, á expensas de ella les dió sepultura (1); y no honró, ténlo entendido, Esquines, solamente á los que salieron bien del combate y obtuvieron la victoria. Y con razon, porque todos sin quedar uno ejecutaron lo que cumplia á varones esforzados; pero tuvieron la suerte que á cada uno distribuye la Divinidad. Además, tú, malvado, miserable escribiente, queriendo privarme de la honra y benevolencia que me dispensan los que están presentes, hablas de trofeos, de combates y antiguas hazañas, ¿y de cuál de esas cosas se necesita en la presente causa? Presentándome á aconsejar al pueblo lo que debía hacer para obtener la supremacía, dime, histrión de papeles despreciables, ¿cuál era el pensamiento que debía adoptar al subir á la tribuna? ¿Acaso el de la persona que hablase cosas indignas de los que me oyen? »

Así mezcla Demóstenes sentimientos magnánimos con ideas vulgares. Pero al paso que pone á descubierto las faltas de Esquines, sabe echar un velo sobre las de su pueblo, no indicando el origen del mal éxito de las empresas, esto es, la inexperiencia y la corrupcion. Y si se ve obligado á indicarlás, culpa á toda la Grecia, y lo ménos posible á los Atenenses.

« Si se preguntare á cualquiera de qué medios se valió Filipo para lograr sus intentos, no podrán ménos de contestar todos: « Del ejército, y dando dinero y corrompiendo á las personas que desempeñaban cargos públicos. » Luego, no habiendo sido yo el dueño ni el jefe de las tropas, nada tengo que ver con los hechos militares; y he vencido á Filipo en la parte de no haber sido corrompido por dinero, pues así como quien da á otro dinero para comprarle, si este lo toma, aquel le vence; así tambien el que no toma el dinero y no se deja corromper, ha vencido al comprador. Por tanto, en lo que dependió de mí, la República quedó invencible...»

» Pero, ¿por qué habiéndome acusado este hombre de hechos mas atroces, y proferido contra mí tantas mentiras, doy á lo dicho tanto valor? Porque quien me acusa de filipismo, ¡oh tierra! ¡oh dioses! ¿qué cosa no podrá decir en lo sucesivo? ¡Lo juro por Hércules y por todos los dioses! Si vosotros, echando á un lado los embustes que se forjan contra una persona y los discursos que en odio á ella se profieren, examináis con cuidado y verdad quiénes han sido la causa de los sucesos ocurridos, hallaréis que los culpables en cada ciudad fueron los semejantes á Esquines, no los que á mí se asemejan. Estos hombres cuando el poder de Filipo era débil y sobremanera precario, y cuando yo decia y repetia muchas veces anti-

cipándome á los sucesos lo que debía hacerse, estos hombres, repito, movidos de un sórdido interes, abandonaban lo que era útil al procomunal, engañando y corrompiendo á los ciudadanos hasta que consiguieron reducirlos á esclavitud: así lo verificaron Daoco, Cinéas, Trasideo con los Tesalios; Cércidas, Hieroninio, Eucalpidas con los Arcades; Mirtes, Teledamo, Mnaséas con los Argivos; Euxiteo, Cleótimo, Aristecmo con los Eleos; los hijos del execrable Filíades, Neon y Trasiloco con los Mesenios; Arístrato y Epicares con los de Sicione; Dinascos y Demarato con los Corintios; Tiodoro, Elixo y Perilao con los Megarenses; Timolao, Teogiton y Anemétas con los Tebanos; con los Eubeos Hiparco, Clitarco y Sosístrato... Se me concluiría el día si hubiese de referir los nombres de los traidores. Todos estos ¡oh Atenenses! son los que en sus respectivas patrias dieron los mismos consejos que os han dado á vosotros esos que tenéis á la vista; hombres malvados y aduladores, peste fatal de las naciones que han mutilado cada uno de por sí su patria, habiendo como en un brindis regalado la libertad primero á Filipo, y ahora á Alejandro. Midieron la libertad por su vientre, y por los placeres vergonzosos destruyéndola, á la par que la independencia; que eran las dos cosas que los antiguos Griegos tenían como los límites de donde no se podia pasar y como las reglas de lo bueno. De esta coalicion tan vergonzosa y célebre, y de esta maldad, ó mas bien (no debemos andarnos con rodeos) de esta traicion hecha á la libertad de la Grecia, nadie hará responsable á la República, gracias á los actos de mi gobierno.»

Pero si aquí pasa de ligero sobre un punto tan delicado, sabe perfectamente profundizar la materia á fin de discernir la situacion de la Grecia, la monarquía con que se la amenazaba, el abatimiento de los amigos de la libertad, y exhortar á que se resista con noble firmeza á la tentativa de los Macedonios. Para llegar á esto, sus enemigos acudieron á la traicion: él no buscó la salvacion de la patria sino en la patria misma.

« Tú, mírame, comparándome con los presentes oradores, contigo, con cualquiera de todos los demas, con el que quieras; á ninguno recuso, y verás cómo aparezco diciendo lo que era mas ventajoso en la ocasion en que la República podia elegir lo mejor y estaba abierto un público certámen para que cada uno manifestase su benevolencia á la patria. Todas las cosas entónces se gobernaban por los decretos y leyes que propuse y por medio de las legaciones que desempeñé; pero en ellas no se vió á ninguno de vosotros, salvo si os convenia perjudicar gravemente á los que me escuchan. Mas despues sucedió lo que ojalá no hubiera sucedido, y cuando no se necesitaban consejos, sino personas que ejecutasen lo que se les mandaba, dispuestas á tomar un salario para servir contra su patria, y que quisiesen adular

(1) Los retóricos ensalzan á porfia este pasaje.

á otros hombres; entónces tú y cada uno de estos aparecísteis y os hicísteis grandes y espléndidos en sustentar caballos para vuestro servicio; yo, al contrario, me presenté sin fuerzas, lo confieso, pero con mas benevolencia que vosotros en favor de la República.

» Dos cualidades, Atenienses, debe tener un buen ciudadano (no merece reprension que hable de esta manera tratándose de mi persona); una, que en cuantas magistraturas desempeñé conserve siempre para la ciudad la honra y la supremacia sobre todos los demas Estados de la Grecia; y la otra, permanecer en todos tiempos y ocasiones amante de la República. De esto último depende el tener fuerzas y lograr felices resultados en las empresas. Esta disposición de ánimo hallaréis que ha existido siempre en mí. Vedlo, pues. Nunca se ha desmentido mi benevolencia, ni cuando se pedía que me castigaséis, ni cuando se intentaba contra mí una causa ante el congreso de los Anfictiones, ni cuando se empleaban alternativamente amenazas y promesas, ni al mirar lanzarse sobre mí como fieras esos malvados. Porque desde un principio elegí el camino recto y derecho hácia un buen gobierno, á saber: Conservar la honra, el poderío, la celebridad de la patria, aumentar todo esto, y estar unido á los que me escuchan. Yo no me paseo en la plaza alegre y gozoso por los triunfos que otros consiguen, dando la mano como señal de una buena noticia á los que cálculo han de escribirla pronto á Macedonia; ni oyendo las ventajas obtenidas por la República, siento el frío de una calentura, y suspiro, y bajo la vista al suelo, cual hacen esos impíos que despedazan la patria, como si obrando de ese modo no se desgarrasen ellos mismos; miran á lo exterior y aplauden la felicidad ajena, que resulta de las desgracias de los Griegos, y dicen que importa cuidar de que se conserve siempre este estado de cosas. Ninguno de vosotros ¡oh dioses inmortales, otorgue lo que esos hombres piden! Al contrario, inspiradles inteligencia y cordura, y si su mal es incurable, acabad con ellos enteramente; que perezcan de muerte prematura en mar y tierra, y concedednos á nosotros el vernos pronto libres de los temores que nos rodean y lograr una seguridad estable.»

Bien sabemos que el lector razonable no creerá que Esquines fuese verdaderamente el hombre vil y traidor que nos pinta Demóstenes. Raro ingenio debía poseer para competir con el mas insigne orador de la antigüedad, hasta el punto de que la posteridad no haya resuelto á quién debe adjudicarse la palma. Sería inútil buscar en Esquines la osada vehemencia de Demóstenes, su riqueza de modismos, su delicadeza de consideraciones; no sabe, como él, por sendas oblicuas llevar el discurso adonde ménos se espera; realzarlo con los contrastes, remontarse sublime, para caer de mas alto sobre el enemigo. Ambos vieron el partido que podía sacarse de lo cómico, segun lo entendian sus

conciudadanos; así se complacen en descender á la vida privada, en delinear caracteres, en pintar costumbres, pasiones, en entregarse á la invectiva; pero cada uno habia comprendido cuál era su lado flaco. Por eso Demóstenes evita los retratos, pues fácilmente los exagera, y al contrario, se complace en las narraciones, apostrofa al enemigo, y busca las situaciones á propósito para chistes sagaces; Esquines, conociendo que no tiene el poder de la argucia, no anda á caza de agudezas, sino que se apoya en el raciocinio, en las conclusiones.

» Sin embargo, Demóstenes sacaba gran ventaja de su situacion; pues podia citar sus hechos, y aparecía noblemente generoso excitando á la accion, y queriendo renovar los tiempos en que la Grecia se levantaba como un solo hombre contra los opresores, y en que vivian aquellos ilustres varones cuya gloria se reflejaba aun sobre la degenerada posteridad. Esquines mas frío, sin ser corrompido ni quizá corruptible, conocia que aquellos tiempos habian terminado para nunca mas volver; creía que los medios amistosos y los tratados servirian con la Macedonia mejor que las violencias; y el ímpetu que daba á su adversario el heroísmo, en vano podia él esperarlo de los cálculos de la prudencia.

Deseoso de mostrar que esta política era la única conveniente, lo prueba asegurando que no hay república posible sin moral... Pero el orador, entónces, no debia limitarse á ser afuente en el decir, sino poseer todas las cualidades de un publicista, como son, ó deberían ser los miembros de las cámaras, y conocer la estadística, la política, la hacienda, la administración, el derecho teórica y prácticamente. El discurso de Esquines muestra que habia meditado á fondo sobre la esencia de los Estados, y se habia creado la idea de un gobierno, y aunque juzga mal la aristocracia y la monarquía, como extrañas á su patria, presenta la democracia bajo su verdadero aspecto. No reconoce mas que tres formas de gobierno: de uno solo, de pocos y de todos. Pero cada una, dice, toma sus leyes de diversas fuentes. En el principado y en las oligarquías nacen de la mudable voluntad de los gobernantes; en las democracias, si no se quiere precipitarse en un movimiento incesante, conviene que un principio inmóvil dirija el Estado.

» Así, pues, al entrar en el tribunal para juzgar una causa sobre infracción de ley, ninguno de vosotros ignore, al contrario, sepa cada cual perfectamente que en ese día va á votar acerca de su libertad. Por esta razon las primeras palabras que el legislador puso en la fórmula del juramento fueron: *Votaré con arreglo á las leyes*; porque sabía muy bien que mientras que las leyes se observan en la ciudad, se conserva el gobierno republicano. Conviene que vosotros, acordándoos de esto, aborrezcais á los que presentan proposiciones contrarias á las leyes, y no juzguéis pequeños tales delitos, sino

graves y muy graves. Ni permitáis que ninguna persona os arrebate este derecho; ni os dejéis seducir por los capitanes, que hace ya mucho tiempo, favoreciendo á este ó aquel orador, se empeñan en destruir la República. Tampoco cedáis á las recomendaciones de los extranjeros, los cuales haciendo á algunos subir á la tribuna, con su auxilio se libran del castigo de los tribunales, introduciendo costumbres opuestas á las leyes. Por el contrario, así como cada uno de vosotros se avergonzaria de abandonar el puesto que le han señalado las leyes para guardar la democracia.»

Con esta idea de salvar las costumbres, Esquines habia emprendido ya contra Demóstenes la acusacion de Timarco, hombre manchado con todo género de infamias, y sin embargo, participe de la cosa pública, sosteniendo que una persona tan malvada no podia aconsejar bien á la patria. Allí pasó revista á la legislación de Atenas, especialmente en lo relativo á la moral, citando hasta las leyes de Dracon y Solon que se proponian impedir la inmoralidad. Con tal motivo nos descubre el abismo de corrupcion en que estaba sepultada Atenas; pues que en la plaza pública, y ante un tribunal, se proclama la existencia de los vicios mas torpes. Sin embargo de estos, Demóstenes esperaba restaurar los tiempos heroicos de su patria: Esquines insiste solo en que se prevengan los excesos. Lo mismo le sucede en la oracion de la *Corona*, respecto á las costumbres, la conservacion de las antiguas leyes y los ritos religiosos.

» Y los dioses nos hubieran dado el mando por nuestra piedad, á no haberlo impedido la venalidad de Demóstenes. Mas ¿los dioses no nos anunciaron y manifestaron con anticipacion, por medio de portentos, tomando casi voces humanas, que nos guardásemos? No he visto nunca una ciudad mas defendida por los dioses que la nuestra, y que mas haya perdido á causa de algunos oradores. ¿No bastaba para que hubiese prevision la muerte de los iniciados el día en que se celebraron los misterios? ¿No dijo Ammoníades, considerando estas cosas, que debíamos ser circunspectos, y enviar á Delfos personas para que consultasen al dios lo que debia hacerse? ¿No se opuso á esto Demóstenes, diciendo que la Pitonisa era filipista, siendo un grosero y aprovechándose y abusando de la libertad de hablar que le concedíais? ¿No hizo últimamente que saliesen de la ciudad las tropas á exponerse á peligros manifiestos, habiendo sido funestos los auspicios y desagradables á los dioses los sacrificios hechos? ¡Y poco ántes se habia atrevido á decir que Filipo no vino contra nuestro país porque los sacrificios que hizo no le fueron favorables! ¿Qué castigo no mereces tú, que eres la peste de la Grecia? Pues si Filipo, siendo vencedor, no vino al país de los vencidos porque no le fueron favorables los sacrificios hechos para averiguar el éxito de la expedi-

cion; tú, que sin poseer la ciencia de lo futuro, enviaste las tropas ántes de saber si los auspicios eran favorables, ¿serás acreedor á que te se conceda la corona en premio de las desgracias de la República, ó merecerás mas bien que se te arroje fuera de sus fronteras? ¿Qué cosas inesperadas, qué acontecimientos imprevistos no han sucedido en nuestros días! Porque no hemos vivido como á hombres corresponde, sino que hemos nacido para que la posteridad forme de nosotros los juicios mas increíbles. El rey de los Persas que horadó el monte Átos, que echó un puente sobre el Helesponto, que pedía á los Griegos *la tierra y el agua*, que en sus cartas se atrevia á escribir que era señor de todos los hombres desde el Oriente al Ocaso, combate ahora, no para ser señor de otros hombres, sino para conservar su persona. Vemos revestidas de su antigua gloria y honradas con el mando contra la Persia á las mismas personas que dieron la libertad al templo de Delfos. Tébas, la poderosa Tébas, limitrofe de nuestra República, en un día fué arruinada completamente y desapareció del medio de la Grecia. Y aunque mereciese quizá tal desastre por haber obrado tan torcidamente en todas las cosas comunes á la Grecia, ¿no la arrastró á ese exceso de insensatez y frenesí mas bien el castigo divino que la malicia humana?

» Los infelices Lacedemonios, que tomaron tan poca parte en la profanacion del templo, ellos que en otro tiempo querian ser los jefes de los Griegos, van á envjar ahora embajadores á Alejandro para ofrecerle rehenes, mostrarle su desgracia, y sujetarse, y tambien á su patria, á sufrir lo que á él le agradare, siendo juzgados segun la moderacion del vencedor á quien ántes ofendieron. Por último, nuestra ciudad, el refugio comun de los Griegos, á la cual venian ántes embajadores de cada uno de los Estados de la Grecia para hallar en nosotros su salvacion, ya no combate por la preeminencia y la gloria, sino en defensa de su suelo. Y esto nos ha sucedido desde que Demóstenes llegó al poder en la República.

» Sabía es la advertencia de Hesiodo, cuando enseñando á los pueblos y aconsejando á las ciudades á no admitir á los malos demagogos, dice...; pero mejor será que cite sus versos, pues pienso que el motivo de aprender de memoria siendo niños las maximas de los poetas es para hacer uso de ellas en llegando á ser hombres:

» Una nacion entera veces muchas
Del criminal perverso y que maldades
Forja, recoge el fruto. Contra ella
Grave calamidad desde el Olimpo
Lanza el Saturnio, y la nacion suecml:
Por el hambre y la peste devorada.
Su numerosa huerte y sus murallas
Destruye el rayo del tonante Jove,
Y hunde Neptuno sus soberbias naves.

» Si rompéis la medida del verso y atendéis

solo á las sentencias, no os parecerá oír á Hesiodo, sino á un oráculo hablando de la administración de Demóstenes. Estados, ciudades, ejércitos de mar y tierra, todo lo arruinó, todo lo consumió el gobierno de ese hombre.»

Tampoco en amor patrio se muestra Esquines inferior á Demóstenes; antes bien las censuras que contra este dirige, son siempre por no haberla defendido con valor bastante varonil y prudente.

« Para hablaros de la cuarta época del gobierno de Demóstenes y del estado actual de los negocios, quiero, Atenienses, recordaros lo siguiente: Demóstenes no solo abandonó su puesto en el campo de batalla, sino también el que tenía dentro de la ciudad; tomando nuestra trireme, sacó dinero á los Griegos. Habiéndole conducido luego una paz inesperada otra vez á Atenas, estaba temblando en los primeros días, y presentándose medio muerto en la tribuna os exhortaba á que le nombráseis conservador de la patria. Vosotros en aquellos tiempos no consentisteis en que el nombre de Demóstenes apareciese en los decretos, sino que mandásteis llevasen el nombre de Nausicles; por lo cual este podría pretender ahora que se le concediese una corona. Después que murió Filipo, y subió al trono Alejandro, ese impostor por segunda vez levantó un ara á Pausánias y consiguió que el Senado cometiese la falta de hacer un sacrificio en acción de gracias por la buena noticia: puso á Alejandro el sobrenombre de Marguites; y se atrevió á decir que no se movería de Macedonia, porque se contentaría (estas eran sus palabras) con pasearse en Pela y examinar las entrañas de las víctimas; añadiendo que esto no era una conjetura que él formaba, sino que lo sabía perfectamente, porque el valor se compra á costa de sangre. En efecto, como él no tenía ni una gota, juzgaba á Alejandro, no por la naturaleza peculiar á este rey, sino por su propia cobardía. Después, habiendo decretado los Tesalios hacer la guerra á vuestra República, y estando el joven monarca justamente irritado en un principio contra ellos, cuando el ejército macedonio se encontraba á las puertas de Tebas, nombrásteis por vuestro embajador á Demóstenes, y este, al llegar al Citeron, se volvió á su casa, mostrando que era tan inútil para la paz como para la guerra. Y lo más terrible de todo fué que vosotros no entregásteis á este hombre, ni dejásteis que fuese juzgado por el consejo de los Griegos: mas él en recompensa os hizo traición, á ser verdad lo que se dice. En efecto, los que fueron en la nave pública, como nuestros embajadores cerca de Alejandro, nos contaron un hecho muy verosímil. Había allí un tal Aristión, de Platea, hijo de Aristóbulo, drogista (si alguno por casualidad le conoce); este joven, que excedía á todos en hermosura, habitó largo tiempo con Demóstenes, sin que sea del caso referir las habillitas á que tal estrechez dió margen, y si solo que el tal joven

pasó á la corte de Alejandro, y llegó á ser su favorito; pudiendo por su medio Demóstenes enviar á Alejandro cartas llenas de adulación y bajeza, y obtener de él seguridad y perdón.

« Observad como los hechos avaloran semejante sospecha; pues si Demóstenes fuese tan hostil á Alejandro, como dice, no hubiera dejado escapar tres ocasiones hermosísimas de mostrarlo. La primera, cuando Alejandro, que hacía poco tiempo había subido al trono, y no tenía aun arreglados sus negocios, pasó al Asia. El rey de los Persas, contando con numerosas fuerzas marítimas y terrestres, y con mucho dinero, os hubiera admitido gustoso por aliados para evitar los peligros que le amenazaban. ¿Dijiste, Demóstenes, alguna palabra entonces? ¿Presentaste á votación algún decreto? ¿Quieres que suponga yo que tuviste miedo y que obraste según tu sistema? Pero las ocasiones favorables á la República no esperan la cobardía del orador. Después, cuando Darío bajó con todas sus fuerzas y Alejandro había sido envuelto en Cilicia, desprovisto de todo, según decías, añadiendo que muy en breve (estas eran tus palabras) iba á ser pisoteado por la caballería de los Persas; cuando tu arrogancia no cabía dentro de la ciudad; cuando andabas por todas partes con las cartas que te avisaban de todo colgadas de los dedos, mostrando á algunos mi semblante como el de un hombre asombrado, llamándome *el de los cuernos dorados*, y diciendo que se me coronaría al primer revés que experimentase Alejandro; en ese tiempo nada hiciste, sino que te reservaste para mejor ocasión.

« Dejando, empero, todo esto, pasemos á hablar de la época presente. Los Lacedemonios y las tropas extranjeras llevaban ventajas en la guerra y habían destruido las tropas al mando de Corrago: con ellos se habían separado del partido de los Macedonios los Eleos y todos los Argivos, á excepción de los de Pelene, y también la Arcadia, ménos Megalópolis: esta ciudad estaba cercada y se presumía que sería tomada pronto: Alejandro había ido, digámoslo así, á un país situado mas allá del Septentrion y fuera de los confines del mundo: Antipatro consumía mucho tiempo en reunir un ejército: el porvenir estaba oscuro. Muéstranos, Demóstenes, lo que hiciste entonces, lo que hablaste, y si quieres te cederé la tribuna para que lo digas. Mas, pues que callas, yo lo diré por tí. ¿No os acordáis de sus bárbaras y odiosas palabras, que no sé cómo vosotros, hombres de mármol, tuvisteis entonces paciencia para oír? Presentándose en la tribuna dijo: « Venid, dimian algunos la República: algunos han cortado las ramas del pueblo: han sido cortados sin sentir los nervios de los asuntos: nos han metido en una estrechura cosiendo donos dentro de un fardo: algunos nos atraviesan de parte á parte como con agujas. » ¿De quién son ¡oh bestia! estas palabras ó espantajos? Otra vez, dando vueltas y conto-

neándote dentro de la tribuna, decías con afectada enemistad hácia Alejandro: « Confieso que he sublevado á los Lacedemonios: confieso que he hecho que se rebelasen los Tesalios y los Perrabocos. » ¿Es posible que tú hagas que se rebele una aldea? ¿Te aproximarías tú, no digo á una ciudad, sino á una casa, donde corriese algún peligro? Pero si en alguna parte se da dinero, te pondrás en acecho, y nada harás digno de un hombre; si alguna cosa sobreviniere espontáneamente, te la atribuirás y pondrás tu nombre al pie; si acaeciére algún desastre, huirás; si de nuevo estuviéramos seguros, pedirás donativos y coronas de oro. »

No dejaremos esta hermosísima oración sin citar otros trozos. En el primero, Esquines pinta así al republicano de Atenas:

« Vosotros no podréis ménos de convenir conmigo en que las cualidades que debe tener un republicano son las siguientes: Debe ser en primer lugar hijo de padre y madre libres, para que por su desgraciado nacimiento no se declare enemigo de las leyes que conservan la democracia. En segundo lugar, convendrá que sus mayores hayan hecho algún servicio al pueblo, ó á lo ménos (lo que es muy necesario) no ha de haber heredado enemistad contra él, para que no trate de causar algún daño á la República por espíritu de venganza. En tercer lugar, debe ser prudente y moderado en su vida diaria, para que, por el desarreglo de sus gastos, no se venda con perjuicio de la República. En cuarto lugar, ha de ser probo y elocuente, pues se necesita que el orador por medio de su talento prevea las mejores resoluciones y que con su instrucción persuada á los oyentes; pero si no se pudiesen reunir ambas cualidades, la probidad á lo ménos debe anteponerse al don de la palabra. En quinto lugar, tiene que ser de ánimo valeroso, para que no abandone la República al poder de cualquiera cuando amenace algún peligro. Todas las cualidades contrarias á estas deben existir en el hombre adicto á la oligarquía: ¿á qué fin recorrerlas de nuevo? Considerad, os ruego, cuál de estas cualidades hay en Demóstenes: hágase la cuenta con toda exactitud. »

En el otro pasaje Esquines insiste en un punto, tratado frecuentemente por los historiadores y moralistas antiguos, á saber, la necesidad de ser moderados en la distribución de premios.

« Consideraos, pues, en el certámen de la virtud de los ciudadanos como los *Agonotetas* en los juegos públicos, y obrad de un modo análogo al de los otros certámenes: porque, si concediereis los premios á pocos, á los que de ellos son dignos, y obraréis con arreglo á las leyes, tendréis muchos que concurren al certámen de la virtud; pero si los diéreis regalados al que los ambicionare ó intrigare para conseguirlos, hasta destruiréis las mejores índoles. Y porque es verdad lo que digo, quiero mos-

trároslo con alguna mas claridad. ¿Qué hombre os parece mejor, Temístocles, que mandando la escuadra ganó en Salamina la batalla naval contra los Persas, ó Demóstenes, que abandona su puesto en las filas? ¿Milcíades, que venció á los Bárbaros en Maraton, ó este hombre? ¿Y qué diré de los que restituyeron á sus hogares á los Atenenses fugitivos desde Fila? ¿Qué de Aristóteles, apellidado *el Justo*, sobrenombre tan diferente del de Demóstenes? Yo pienso (los dioses me son testigos) que no merece mencionarse en el mismo día á este monstruo en unión con aquellos héroes. Que nos muestre Demóstenes en el discurso que pronuncie, si en alguna parte está escrito que se haya concedido una corona á tan insignes varones. ¿Pues qué? ¿sería entonces ingrata la República? No, al contrario, magnánima: y ellos, aunque no se les tributó este honor, eran dignos de la patria á que pertenecían, pues no hacían consistir el honor en las letras de un decreto, sino en que se conservasen sus acciones en la memoria de los que habían recibido el beneficio, y esta, desde aquel tiempo hasta el día, se conserva viva. ¿Qué recompensas, pues, recibieron? Las que merecen recordarse. Hubo algunos en aquel tiempo que soportando muchos y terribles peligros en el río Estrimon, vencieron combatiendo con los Medos. Estos, de vuelta á su patria, pidieron al pueblo recompensas, y este les concedió honores grandes (tal es entonces se reputaban), decretando se erigiesen tres estatuas á Mercurio en el Pórtico, pero con la condición de que no se grabasen los nombres de los generales en la base de las estatuas, para que la inscripción no pareciese ser de los generales sino del pueblo. Y la verdad de cuanto digo la sabréis por las mismas inscripciones poéticas. Esta es la inscripción puesta en la base de la primera estatua de Mercurio:

« Corazon esforzado bien tuvieron
Los que á la ciudad de Eion careanos
Y del río Estrimon á las orillas
El hambre, y fuerte y humeante Marte
Llevaron á los Medos: los primeros
Siendo que de las fuerzas enemigas
Á todos la impotencia descubrieron. »

En la segunda estatua se leía la inscripción siguiente:

« Á sus ilustres capitanes diera
Atenas este premio: en él mirando
Los venideros sentirán que es dulce
Por el bien general sufrir fatigas. »

En el tercer Mercurio se inscribió esta:

« Menesteo un tiempo capitán de Atenas
Con los Atridas combatió en Troya,
Y Homero dice del que entre los Dánaos
Sobresalía en ordenar las haces.
Así á los Atenenses se les llama
Peritos en la lid y valerosos. »

¿En qué parte de estas inscripciones se encuentra el nombre de los generales? En ninguna.

na, sino el del pueblo. Acercáos con vuestra consideracion al Pórtico Pecilo, porque en la plaza están los monumentos de todos los hechos ilustres. En el Pórtico está pintada la batalla de Maraton. ¿Quién fué el general que la ganó? Todos contestarán: *Milciades*. Sin embargo, allí no se lee su nombre. ¿Y por qué? ¿no pidió esta recompensa? La pidió, mas la República no se la concedió; y en lugar de poner su nombre, solamente accedió á que se le pintase á la cabeza de los demas, en ademan de exhortar á los soldados. Puede verse en el templo de la madre de los dioses, junto al Senado, el premio otorgado á los que desde Fila restituyeron á Atenas los fugitivos. El decreto fué extendido por Arquino, que fué uno de los que tomaron parte en la empresa. Propuso en el decreto, primeramente que se les diesen mil dracmas para hacer sacrificios y poner ofrendas en el templo (cuya cantidad no llega á diez dracmas para cada uno); en seguida propuso que á cada uno de ellos se le concediese una corona de olivo, y no de oro: porque entónces una corona de olivo estaba en estima, y ahora una de oro es despreciada. Y no mandó que esto se hiciese al acaso, sino despues que el Senado hubiese examinado cuántos fueron los que resistieron en Fila el ataque de los Lacedemonios y de los Treinta Tiranos, y no cuántos abandonaron las filas en Queronea.»

Al concluir, recomienda de nuevo la moralidad privada como base y sello de la pública.

« Pero lo mas asombroso es lo siguiente: Si los jóvenes os preguntaren qué modelo deben tomar para arreglar su vida, ¿qué contestaréis? Todos sabéis muy bien, que ni los ejercicios gimnásticos, ni las escuelas, ni la música bastan por sí solas para instruir á los jóvenes, sino mas bien las proclamaciones que se hacen de

orden del pueblo. ¿Se proclama en el teatro que se concede la corona, en premio de su virtud y probidad, á un hombre que ha vivido lleno de cprobio y es un malvado? El joven que ve esto, queda pervertido. ¿Se impone el castigo á un disoluto como es este Ctesifonte? Es una leccion para los demas. ¿Quién, habiendo votado en contra de lo bueno y lo justo, cuando vuelve á su casa instruye á su hijo? Es verosímil que este no obedezca, sino que llame con razon molestias las advertencias que se le hagan. Así, pues, votad, no solo como jueces, sino tambien como personas á quienes está observando todo el pueblo, para que podáis defender vuestros votos ante los ciudadanos que no presencien el juicio, pero que os pidan cuenta de ellos luego. Porque sabéis muy bien, Atenienses, que se formará concepto de la República segun el que tuviere la persona coronada, y que sería un oprobio para vosotros si os asemejáseis, no á vuestros ascendientes, sino á un cobarde, á un Demóstenes. ¿Cómo os libraréis de esta vergüenza? Desconfiando de los que tienen la popularidad en la lengua y la corrupcion en el alma. Porque la benevolencia y el titulo de popular están colocados en medio de la arena como premios para el vencedor, y las mas de las veces se anticipan á apoderarse de ellos con sus palabras los que por sus obras están mas distantes de merecerlos. Cuando halláreis, pues, á un orador que desea coronas concedidas por extranjeros y proclamaciones ante los Griegos, mandadle que, en cumplimiento de lo que la ley previene, confirme la verdad de lo que se dice con una conducta acreditada de buena y prudente. Al que no probare esto, no le confirméis las alabanzas que le dieren; pues obrando así cuidaréis de la conservacion de la República, que se os escapa ya de entre las manos. »

NÚM. IV

POEMAS DIFÍCILES.

Al decaer la literatura griega en tiempo de la escuela de Alejandria, se pensó que lo difícil podría suplir á lo bello. Prescindiendo de las otras extravagancias entónces inventadas, algunas de las cuales no han cesado ni aun hoy, como sucede con los acrósticos, los numéricos y otras *difficiles nugæ*, como Marcial los llama,

se pensó en amollar los versos de modo que representasen á los ojos cualquier figura. Tenemos algunos de Simmias de Ródas: uno de ellos tiene la forma de un huevo; otro la de zampoña, yendo en disminucion como aquella; otro la figura de alas; otro la segur. Transcribiremos un par de ellos.

ΣΥΡΙΓΕ.

ΣΥΡΙΓΕ ΟΥΝΟΜ' ΕΧΕΙΣ ΑΔΕΙ ΔΕ ΣΕ ΜΕΤΡΑ ΣΟΦΙΗΣ
 ΟΥΔΕΝΟΣ ΕΥΝΑΤΕΙΡΑ, ΜΑΚΡΟΠΤΟΛΕΜΟΙΟ ΔΕ ΠΑΤΕΡ,
 ΜΑΙΑΣ ΑΝΤΙΠΑΤΡΟΙΟ ΘΟΟΝ ΤΕΚΕΣ ΙΘΥΝΤΗΡΑ
 ΟΥΧΙ ΚΕΡΑΣΤΑΝ, ΟΝ ΠΟΤΕ ΘΡΕΨΑΤΟ ΤΑΥΡΟΠΑΤΩΡ.
 ΑΛΛ' ΑΠΕΛΕΙΠΕΣ ΟΥΔΙΘΕ ΠΑΡΟΕΦΡΕΝΑ ΤΕΡΜΑΣΑΚΟΥΣ
 ΟΥΝΟΜ' ΟΛΟΝ ΔΙΖΟΝ, ΟΣ ΤΑΣ ΜΕΡΟΠΟΣ ΠΟΘΟΝ
 ΚΟΥΡΑΣ ΓΗΡΥΟΝΑΣ ΑΙΘΕ ΤΑΣ ΑΝΕΜΩΔΕΟΣ.
 ΟΣ ΜΟΙΣΑ: ΔΙΓΥ ΠΑΞΕΝ ΙΟΣΤΕΦΑΝΩ:
 ΕΛΚΟΣ ΑΓΑΛΜΑ ΠΟΘΟΙΟ ΠΥΡΙΣΦΑΡΑΓΟΥ.
 ΟΣ ΣΒΕΣΕΝ ΑΝΟΡΕΑΝ ΙΣΑΥΔΕΑ
 ΠΑΠΠΟΦΟΝΟΥ ΤΥΡΙΑΣ ΤΕ ΑΦΕΙΛΕΤΟ
 Ω ΤΟΔΕ ΤΥΦΛΟΦΟΡΩΝ ΕΡΑΤΟΝ
 ΠΑΜΑ ΠΑΡΙΣ ΘΕΤΟ ΣΙΜΙΧΙΔΑΣ
 ΨΥΧΑΝ, Ω ΒΡΟΤΟΒΑΜΩΝ
 ΣΤΗΤΑΣ ΟΙΣΤΡΕ ΔΕΤΑΕ
 ΚΑΩΠΟΠΑΤΩΡ, ΔΗΑΤΩΡ,
 ΛΑΡΝΑΚΟΥΤΙΕ, ΧΑΡΟΙΣ
 ΑΔΥ ΜΕΛΙΣΔΟΙΣ
 ΕΛΛΟΠΗ ΚΟΥΡΑ:
 ΚΑΛΛΙΟΝΑ:
 ΝΗΑΕΥΣΤΩ.,

LA ZAMPOÑA.

« La zampoña es tu nombre; los metros de la sabiduría templan tu sonido, ¡oh mujer de Ninguno, madre de Largaguerra! pariste al veloz guardador de la nodriza de Antipatro, no á aquel Cornuto á quien alimentó un día la prole del toro; pero dejaste al que tiene doble todo su nombre; que encendió el amor de voz distinta en la doncella aguda y vanidosa; que

fabricó á la Musa coronada de violetas una sonora llaga, alegría del deseo inflamado; que empleó la soberbia, poseyendo el mismo nombre del que mató al abuelo y lo expulsó de la Tiria; al cual esta amable posesion de los conductores de ciegos París Simíquida dedica de buen grado, oh superior á los mortales, tábano de la mujer lidia, hijo de padre ladrón, oh sin padre, ó de la uña sólida, salve: suave canta con la invisible Caliope, muda doncella. »